

CIENCIA Y RELIGIÓN

En tiempos de Galileo la religión se entrometía en el ámbito de la ciencia. Y más tarde el positivismo decimonónico invadía el campo de la religión. En la actualidad la ciencia y la religión han llegado a un acuerdo para evitar el conflicto: cada una se ocupa de lo suyo. La ciencia busca demostrar lo que puede demostrarse en el mundo externo, vale decir, la realidad inmanente. Sin embargo, la religión tiene su fundamento en la creencia en un mundo trascendente que no se puede demostrar por la razón. Dios es un postulado de la fe, una hipótesis inverificable empíricamente ni a través de silogismos. “El corazón – decía Pascal – tiene razones que la razón desconoce”. La ciencia se detiene cuando llega al abismo de la trascendencia. Nada puede decir, no es asunto suyo del que deba ocuparse. Claro está, podría decirse que inmanencia y trascendencia son términos arbitrarios, pues siempre que hay un horizonte existe un “aquí” y un “más allá”. Cada vez que pretendemos alcanzar el horizonte éste se aleja. Dios se esconde detrás de esa línea curva que fija el límite de nuestra mirada. Borrada la distinción entre ese “aquí” y ese “más allá”, como en el panteísmo de Spinoza, Dios se identifica con la naturaleza. Ahora bien, entonces el misterio no es Dios sino la misma naturaleza. ¿Es eterna? ¿Ha sido creada? En el primer caso no existe el problema del origen del universo sino el problema de su eternidad. Cuando la ciencia pretende buscar el origen del universo solamente es capaz de construir teorías indemostrables sobre hipótesis sin fundamento sólido. Castillos en el aire. Si el universo se forma de la gran explosión de la materia densa concentrada en un punto, esa materia densa, como la semilla del árbol, ya existía previamente. Y si la materia se crea de la nada, ¿cómo de la nada surge algo”. ¿No es esa creación *ex-nihilo* la que afirma también la religión? Solamente un observador humano podría dar fe del alumbramiento del universo, pero entonces ese observador sería anterior a la creación. Aquel que esté

presente en el parto del mundo no sería ya un hombre sino el mismo Dios, pues los hombres nos asomamos al universo mucho más tarde que los microorganismos.

Y bien: ¿existe un conflicto real entre ciencia y religión? ¿O solamente se miran de lado sin cruzarse la vista? No se puede negar que el mayor punto de fricción entre ciencia y religión son los milagros. Sin estos, ¿qué sería Jesús? Un maestro espiritual más como tantos otros ha habido en oriente. Por su lado, la ciencia no admite el milagro como una suspensión temporal de las leyes de la naturaleza. Etimológicamente “milagro” es “cosas dignas de ser admiradas”. En este sentido la sumisión de las órbitas de los planetas a las leyes naturales es algo “milagroso”. Conocidas las causas de los efectos cesa la admiración. Sin embargo, las causas naturales son mediatas, tras una respuesta se alza de nuevo otra pregunta sin que podamos llegar a la Causa última que nos dé la clave del universo. La ciencia afirma que las leyes naturales son fijas, inmutables, eternas y con validez en todo el universo. Sin embargo, ¿es tal afirmación semejante a decir la tautología de que un cuadrado tiene siempre cuatro lados? ¿Es un dogma científico esa supuesta inmutabilidad de las leyes naturales? Solamente podemos afirmar que en el brevísimo espacio de tiempo de nuestra ciencia las leyes naturales parecen ser inmutables. Vamos a suponer que en diez millones de años estas leyes tienen una variación infinitesimal imperceptible a nuestros limitados instrumentos de medición. Solamente quien tiene la perspectiva de esos diez millones de años, con instrumentos más precisos, podría comprobar esa minúscula variación de las leyes antes consideradas inmutables. Sin embargo, podría argumentarse que dichas variaciones forman parte de unas leyes generales inmutables más amplias que incluyeran el tiempo. Así, por ejemplo, tras diez millones de años el agua herviría a 99,9 °. Claro está, también se podría afirmar que esas transformaciones de las leyes no están sometidas a un patrón igual que el jazz a una partitura de forma estructurada.

Por otro lado, del mismo modo que la inmutabilidad de las leyes naturales, ¿podemos afirmar con certeza que éstas son válidas en cada rincón del universo? El hombre apenas ha llegado a la luna, un pequeño paso que asombra a los que no tienen capacidad de asombrarse. “Por la ley a la ley”, sin ruptura, pueden existir partes del universo que sirvan como transición entre las leyes aparentemente

eternas de esta mota de polvo que es nuestro planeta y otras galaxias lejanas con diferentes leyes.

Evidentemente todo esto no son nada más que especulaciones. Pero los dogmas científicos son también creencias distintas a la exactitud de las matemáticas formales, pues estas son tautologías que no dicen nada nuevo sino que las conclusiones ya están contenidas en sus axiomas.

Pablo Galindo Arlés

3 de marzo de 2026